



*Reconozo que, cuando escribí estos textos, creí en ellos con entusiasmo.
Casi treinta años después, sigo creyendo con más entusiasmo aún,
pero con letra pequeña.*

REME(N)DANDO una jota navarra que reza: «Pueblo que canta no muere», me atrevo a afirmar que infancia que canta y cuenta no muere y su canto nos acompaña hasta la tumba.

Ya han transcurrido casi treinta años desde que publiqué este libro en euskera. Antes fui maestro de escuela, que es lo que he seguido siendo todo este tiempo para mis adentros, me enamoré de la literatura, estudié filología hispánica, trabajé como profesor de secundaria, me doctoré en filología vasca con una tesis sobre literatura oral y poesía culta y pasé a la Universidad del País Vasco como profesor, a seguir mascando letras de fresa y jengibre. Salvo algunos disgustos —cómo van a faltar— en los que tampoco es que llegara la sangre al río, reconozco que me lo he pasado bien en mi vida profesional. En general, hay buena gente en la enseñanza, bien capacitada, con la sonrisa sujeta con un clip, porque hay muchas ocasiones que amenazan con arrebátártela. Se trabaja a gusto con gente así, que te ayuda a menear el capote con gente así, que tampoco podía faltar en la corrida pedagógica.

Página izquierda: Juan Kruz Igerabide en Casa Sonola, Aduna (Gipuzkoa), 2020.

Entremedio, tuve la suerte de disfrutar un año sabático para investigar la literatura infantil y poner en orden todo aquello con lo que venía jugando desde que comencé a ejercer de maestro a los veinte años y descubrí la literatura infantil a pie de obra. De ahí nació este ensayo, y también mi primer libro de poesía infantil, *Poemas para la pupila*. Había tardado muchos años en lanzarme al río de las publicaciones (dieciséis, para ser exactos, practicando la literatura en el aula y en casa, sin atreverme a asomar la nariz); y aún sigo nadando, entre remolinos y remansos.

El contacto con la infancia ha supuesto para mí un redescubrimiento paulatino de algo que había perdido en mis tiempos de estudiante de lo «serio», al que acompañó un proceso quirúrgico-revolucionario de todo pensamiento llamado «mágico». Cuando empecé a trabajar de maestro, solo me interesaban los «grandes» autores de la literatura y del pensamiento. Eché mano de la tradición oral por pura necesidad, debida a la flagrante falta de material pedagógico con la que me di de bruces. Y me encontré con mi propia niñez. Eso me llevó a libros que había leído de niño y a otros que fui descubriendo con mis alumnos. Me encandiló aquella poesía tan sencilla pero tan honda, aquellos cuentos con dobles y triples estratos de significado y de vivencia emocional. Y quedé atrapado, hasta hoy.

En este ensayo citaré profusamente a diversos autores que me alumbraron en el camino, pero he de confesar que en su tiempo me aventuré, y en esta ocasión seguiré haciéndolo, a ofrecer interpretaciones de cosecha propia, nacidas en parte de las lecturas, en parte de las experiencias literarias directas con los niños, y por qué no confesarlo, de mi propia imaginación literaria. Búsquese el rigor científico e investigador en los autores citados; en mí, más lo directamente experimentado y las interpretaciones que surgen de intuiciones y deducciones que mucho tienen que ver con la creación literaria. Trato de aventurarme más allá del rigor académico, no porque lo desprecie, al contrario, sino por dar un espacio amplio a la creatividad personal. Algún profesor de lo riguroso sonreirá con ironía; algún docente que aprende junto con los niños sonreirá, espero, divertido y con empatía.

«Cuando las plantas y los animales hablaban...»; con esa fórmula comienzan algunos cuentos de la tradición oral vasca. Dicen los entendidos que usamos ese tipo de fórmulas para situar nuestra mente

fuera del tiempo histórico, para acceder al tiempo de los cuentos, al tiempo de la imaginación y de la fantasía, fuera de la realidad ordinaria —aunque, de hecho, no tan fuera—, al tiempo del mito.

Cuando las plantas y los animales hablaban. Pero, ¿qué es el habla? Básicamente, una cadena de sonidos articulados que emiten un mensaje; dejemos el resto de la definición a lingüistas de todo cuño, a ver si se ponen de acuerdo. ¿Y esos sonidos? Son ondas, vibraciones. Se diría que, cuando accedemos a la vibración o agitación vital de la palabra, la onda sonora que emitimos o percibimos y la de la luz-imagen que la acompaña como referente se acoplan en una representación mental, se aúnan en nuestra psique. Los seres estamos dotados de un instinto que capta vibraciones sonoras y lumínicas. Ese instinto nos permite captar la vibración sonora o lumínica de otros seres, sean plantas o animales, o incluso rocas. Los seres se comunican entre sí, se hablan de alguna manera, con sus formas, colores y sonidos. Las descripciones poéticas o prosísticas captan dicha comunicación; la pintura y la música, también; y la ciencia, con sus aparatos ultrasensibles. Tal vez por eso se dice que antiguamente todas las plantas y todos los animales hablaban. Y si no es por eso... «*se no è vero, è ben trovato*».

El recién nacido, antes de su largo periplo en pos del lenguaje, solo capta una comunicación que podríamos llamar «vibratoria»; tiene una gran sensibilidad instintiva que, a medida que el bebé crece e incrementa las facultades mentales con el transcurso de los años, va pasando, sin embargo, a un segundo plano. En su interacción con las personas que lo rodean, comienza a desarrollar la facultad del habla; lo que en un principio era una comunicación instintiva con todo lo que lo rodeaba, se va especializando en una comunicación humana mediante diversos lenguajes, especialmente el lenguaje hablado. No obstante, ese instinto de comunicarse con todo lo que lo rodea no desaparecerá de golpe, sino que irá disminuyendo paulatinamente en el proceso de desarrollo de la facultad de raciocinio y de la comunicación escrita; dicho de otro modo, en el proceso de alfabetización. La escritura y la lectura han cambiado de manera radical el modo de usar la mente y el raciocinio de los seres humanos, han cambiado civilizaciones y sistemas sociales, según describen autores como Havelock en su libro *Preface to Plato*, o Walter J. Ong en *Oralidad y escritura (tecnologías*

de la palabra), o Goody en *Domesticación del pensamiento salvaje*. En la mente del niño, el proceso de alfabetización provoca una transformación similar. Aunque, durante muchos años —tal vez toda la vida— quedarán restos que identificamos como pensamiento mágico, el cual en sus juegos y expresiones rebasa continuamente los límites de la razón. Al llegar a la edad adulta, nos queda una especie de nostalgia de aquella capacidad de comunicación total y silenciosa del bebé, que pervive en los cuentos de hadas y en la mágica poesía infantil, algo que más adelante muchos adultos convierten en arte. Aunque sospecho que también la ciencia y la técnica tienen mucho de juego simbólico y de interacción comunicativa con objetos y seres animados e inanimados. Kant, en su *Crítica de la razón pura*, ya señalaba las bases no racionales de la razón. Eso implica que para el desarrollo de la razón se precisa un proceso imaginativo muy hondo, como el que se produce en la maduración de la mente infantil. Kant habló de la imaginación como un fundamento vertiginoso de la razón¹. Es lo que ocurre con el niño y su juego simbólico y sus cuentos; los símbolos muestran una sabiduría instantánea, ordenada y global; no se trata de un irracionalismo desbocado hacia el sinsentido. La pedagogía racionalista pretende que la mente infantil vaya escalonando su facultad razonadora desde lo más simple a lo más complejo (con la mirada puesta en la adolescencia y la posterior instrucción educativa). Pero basar la pedagogía —y la pedagogía literaria— solo en eso, es un error garrafal; entre otras cosas, supone renunciar a la sabiduría vertiginosa de los cuentos tradicionales y del juego simbólico. Los recelos que despiertan los cuentos de hadas están motivados en parte por una visión «adulta» que hace de menos a la imaginación infantil y la trata como una especie de subdesarrollo de la razón; la mentalidad capitalista de vivir para producir y obtener el máximo beneficio solo precisa versiones edulcoradas de los cuentos de hadas para los momentos de asueto y evasión en manos de cadenas de producción de lo fantástico. La mentalidad progresista igualitaria cae en la misma trampa al primar la ideología crítica ante el pensar imaginativo; o se es transgresor e innovador y revolucionario, o se es retrógrado y alienante (y se meten en este saco del coco los cuentos de hadas). Creo que hay un error de análisis ahí que trataré de explicar con la ayuda de investigadores que han estudiado el tema a fondo.

En este ensayo me propongo reflexionar sobre la literatura con la que el niño se encuentra en el proceso de adquisición del lenguaje oral y más tarde del lenguaje escrito, un camino que va del pecho a la palabra, de la leche nutricia afectiva a la palabra nutricia emocional, con un raciocinio rudimentario, sí, pero con una capacidad analógico-simbólica espectacular; analógica, porque funciona por comparación; simbólica, porque se capta como contenido mental conjunto y se relaciona emocionalmente con las vivencias. El procedimiento mental primordial de la literatura infantil es la analogía, no la lógica conceptual. Las plantas y los animales son seres hablantes para la mente infantil y para la mente artística. La literatura infantil conecta al niño con el bebé interno que capta el lenguaje de todo lo que lo rodea y perdura como recuerdo en el inconsciente a medida que va creciendo. Por eso lo consuela y calma, pues lo enraíza en su origen; ese enraizamiento, junto con la afectividad que recibe directamente de los que lo rodean, provee a la mente infantil de energía psíquica, semejante a la que ayuda a los árboles a crecer y a reverdecer; una energía que proporciona entusiasmo, alegría de vivir, intensidad en las emociones y sentimientos, fuerza para tirar para adelante en los momentos difíciles.

El **primer capítulo** versará sobre los cuentos de hadas, ese regazo materno de la imaginación, esa especie de útero protector de la psique que posibilita numerosos nacimientos a la vida. A través de los cuentos, una y otra vez, se nace y se emprende la aventura de la vida; los cuentos de hadas permiten al niño repetir sin límite el viaje de la vida por caminos trillados durante milenios, pero que resultan nuevos en cada recorrido, ya que cambian las circunstancias, pues escuchamos otros pájaros, otros grillos, pues vemos otras mariposas, otros saltamontes, otros paisajes. Cada cuento de hadas confronta a la mente infantil con la realidad mediante un vehículo antiguo, pero siempre renovado. Razonaré sobre la validez y actualidad de ese vehículo, denostado por ciertas perspectivas racionalistas a causa de la sospecha de que sustraen al niño de la realidad, cuando es al contrario: lo enraízan en ella mediante procedimientos mentales previos a un raciocinio que tarda muchos años en florecer. No se entienda lo que creo no estar diciendo, aunque nunca se puede estar seguro de lo que el lector puede leer entre líneas, pues cada cual mira con sus ojos caleidoscópicos y, además, al escritor se le escapan unas gotitas de sudor entre letra

y letra, y vete a saber lo que se puede llegar a entender. Pero, en fin, que quede claro que mi defensa de los cuentos de hadas no pretende ir en detrimento de otras formas literarias, como los álbumes, cuentos, libros de poemas, teatro infantil...; no, porque siempre han estado presentes en mis actividades educativas y literarias. Lo que ocurre es que observo un abandono generalizado de la tradición oral y una mutilación cruel —programada a veces, casquivana otras— de los cuentos de hadas, pretendiendo corregir lo que no se ha comprendido. Reivindico una comprensión más profunda de sus mensajes, acompañado por investigadores que algo saben de símbolos, iniciaciones y de características del pensamiento infantil. En el enfoque semiótico tal vez he sintetizado demasiado; la función de ese apartado es señalar un interesantísimo campo de investigación que corrobora la fundamental importancia del símbolo en el pensamiento humano, pero en este ensayo tiro por otro lado, como se verá, argumentando la importancia de ofrecer cuentos de hadas a los niños. No es cosa de ponerse apocalípticos, vale: la falta de unos cuentitos no mata a nadie; todos sabemos que los abrazos y un cariño profundo rellenan muchas fallas y oquedades. Pero, ¿por qué renunciar a un tesoro o rechazarlo con un par de bofetadas aplicando esquemas que pretenden ser modernos y hasta «posposposmodernos»? Como no veo que esos esquemas justifiquen tal rechazo, voy a intentar explicar por qué promover un uso generalizado que no ocupa mucho tiempo ni choca con otras formas literarias, si se actúa con un poco de tacto y orden.

En el **segundo capítulo** invito al lector a adentrarse en el bosque de la oralidad y de los mitos. Damos un salto de la etapa infantil a la adolescente, etapa en la que los procedimientos orales siguen siendo una necesidad básica de una mente en desarrollo. La oralidad es ante todo una estrategia de uso de la mente ligada al nacimiento del lenguaje humano y a las primeras manifestaciones literarias. Está en relación con las primeras interpretaciones del mundo por parte del ser humano, interpretaciones mitológicas que han ido dejando una huella indeleble durante milenios y han formado parte del desarrollo cultural de cada civilización. No es cosa de menospreciarlas. La escritura y el pensamiento racional se han interpretado a veces como una superación del pensamiento oral mítico, y el sistema educativo se ha basado en el desarrollo de la escritura en detrimento de la oralidad.

Planteo que no tiene por qué ser así, que son dos capacidades mentales complementarias que se enriquecen mutuamente. Es más; hurtar dicha riqueza no hace más que ahondar la necesidad mítica del adolescente, que rellenará con mitología de plástico, con mucho colorido y nada de humus. Es cierto que la escritura dinamita los procesos orales, pero un uso mental apropiado de los procedimientos orales, que describiremos a lo largo del capítulo, acompañados por un conocimiento de las mitologías —partiendo de cada ámbito cultural— puede enriquecer mucho el pensamiento y la capacidad creativa del adolescente. No distraerá su desarrollo académico, si es lo que se teme. Incluso lo enriquecerá, lo motivará. Porque oralidad y emoción van ligadas; y emoción y motivación, no digamos; y motivación y conocimiento... eso lo sabemos todos los docentes y no docentes.

En el **tercer capítulo**, dedicado a la poesía infantil, presento la lírica como compañera de viaje desde el momento de nacimiento; una compañera que pone a cantar a todos los seres, que recupera el tiempo en el que todos los seres hablaban, que revive las huellas de las primeras vibraciones comunicativas. Alguien puede pensar que ya exagero otra vez. Si lo hago por entusiasmo excesivo, me disculpo; no quiero caer en la exultación sentimental, ese vicio de la poesía que pone los ojos en blanco, que arranca de la tierra y enajena. Aunque, ¡ejem!, un poco de envidia sí que da ver transfigurado al recitador, al poeta, en un terreno en el que el límite entre arrobamiento místico —un arranque de sentimiento «infinito»— y perder la cabeza es difícil de establecer. Vaya por delante mi profundo respeto a los poetas del límite, que los hay que pagan con sus vidas el atrevimiento. Sin embargo, la poesía infantil que reivindico es más terrenal, más de andar por casa. Tiene que andar por casa, como ha andado durante centurias en boca de madres y abuelos; hay que invitarla a la cama, al baño, al acto de vestirse, a la merienda, al juego. Hay que invitarla a la expresión de la emoción. Hay que invitarla a la escuela. La poesía infantil conecta profundamente con «todos» los niños. Lo he comprobado por activa y por pasiva, lo han comprobado mis amigos poetas, y muchos docentes que se han aventurado —algunos incluso con muchas reservas— en este terreno. Hay mucho donde elegir; se puede encontrar poesía de todo cuño para niños y docentes de todo tipo. El único problema es que es difícil

de evaluar y de someter a rigurosa programación. Amigo: la emoción de vida no se deja encasillar así como así. Entiendo que el controlador que habita en todo docente pueda llegar a odiar la poesía. Lo entiendo. Quitemos la ironía a esa frase; ahí queda la pena.

Pero, penitas, las justas. En el **cuarto capítulo** nos adentraremos en algunos aspectos de la literatura infantil escrita, que irrumpen en el aula, en casa, en la biblioteca, para enriquecer experiencias y miradas, para colocar las primeras semillas de la razón, con raciocinios laterales o directos, entretejiendo la realidad de los adultos con la fantasía infantil. Es un campo muy estudiado y analizado por sesudos pedagogos y filólogos. Hay trabajos para quitarse el sombrero; citaré alguno que otro, solo como botón de muestra. Lo que pretendo en este capítulo es entrelazar algunas experiencias lectoras que me han motivado como maestro y como escritor para la infancia, ordenar someramente los contenidos con las etapas de maduración intelectual de la mente infantil y proponer vías de «disfrute», no solo como motivación a la lectura de libros, sino como motivación a la lectura del mundo y de la vida, que creo que es el verdadero sentido del acto de leer. Repito lo de someramente, porque, en lo que se refiere a los libros infantiles, aunque uno puede intuir por ciertas características para qué edad pueden ser adecuados, ofrecen muchos niveles de lectura —como toda buena obra literaria—, lo que significa que la misma obra puede inspirar una lectura a cierta edad, y otra complementaria —incluso contradictoria— más adelante. Sigo leyendo *Alicia*, pero no como la leí de niño; sigo leyendo *Pinocho*, y veo otros contenidos; sigo leyendo *El mago de Oz*, y, además de esas ironías históricas difíciles de captar si no se leen las explicaciones, uno se topa con todo un tratado de psicología.

Un epilogoillo de esos tampoco va a faltar, ya puestos. A ver qué dice; no voy a adelantarlo, porque, si no, no sería un epílogo, sino un epiplón.

Estaría bien que usáramos la literatura infantil oral y escrita con humor y un poco de cordura, jugando y disfrutando, emocionándonos, y olvidándonos un poco de sí con ello aprendemos el objeto directo y los complementos circunstanciales y la cohesión y la coherencia... que sí que lo estamos haciendo, pero como de pasada, sin machacar la mente.

Letra y canto y cuento viajan por el río del lenguaje-vida, como reflejos de luna.

**Arrugada la luna
en el riachuelo:
salta
se esmalta
y levanta en vuelo.²**